El yayo

—¿Dígame?

—Mamá, ¿os podéis quedar con la niña el fin de semana, que queremos irnos con unos amigos a la sierra?

—Díselo a tu padre. Antonio, que tu hija quiere hablar contigo.

—Hola, dime, chatica.

—Papi, ¿os podéis quedar este finde con la niña?

—Pues claro que sí, ¿cuándo la vas a traer?

—El viernes a mediodía. Te quiero papá, dale un beso a mamá.

—Hasta luego, cariño, un besito. [...] Te tengo dicho que cuando llame tu hija para soltar a la niña, le digas que no y no me pases a mí la pelota. Que cada palo aguante su vela. ¿Nosotros no los hemos criado a ellos? Que ellos críen a los suyos.

—Pero, Antonio, si es que...

—Ni Antonio ni Antonia, que nos hemos quedado con el marrón, nunca mejor dicho. Este fin de semana, que quería yo salir al cine y a cenar afuera.

[...]

—¿A quién quiere mi niña más que a nadie? Dilo, bolita, al yayo, al yaaa-yo.

—¿No te cansas?

—¿Cómo me voy a cansar de jugar con mi nieta?

—Anda, baja a por el pan y te pasas por el hogar a echar una partidita con los amigos, que llevas dos horas tirado en el suelo con la chica.

—Sí, hombre, ¿no ves que estamos construyendo una torre?

—Pero si lo digo para que descanses un rato, que te va a doler la cintura si sigues ahí agachado.

—Anda, anda, ve tú, que se te ve la pelusilla a un kilómetro.

—Bueno, pues salgo yo. ¿Quieres algo del súper?

—Súbete helado de chocolate, que se ha acabado.

—No será para la niña, que sabes que su madre no quiere.

—Pues como si quisiera. Esta es nuestra casa y aquí se hará lo que digamos nosotros. Faltaría más.

—Ahí te quedas con tu nieta.

[...]

—Hola, mami, ¿cómo se ha portado la niña?

—Pregúntaselo a tu padre, que no me ha dejado ni cogerla.

—¿Cómo está lo más bonito? [...] Papi, ¿cómo se ha portado la niña?

—Pues bien, ¿cómo se va a portar?

—Me ha dicho mamá que no la has dejado ni tocar a la niña.

—No te lo debería de decir, pero es que quería cambiarla, la muy desaprensiva, como si hubiera alguna mejor. Menos mal que estoy yo aquí para mirar por mi nieta.

—Eso que tiene la niña no será un caramelo, ¿no?

—No sé.

—¿Cómo que no sabes? Si tiene manchados hasta los patucos.

—Pues lo habrá cogido de algún cajón.

—¿Pero cómo lo va a coger si no sabe andar?

—Pues habrá pasado por su cuarto algún vendedor ambulante.

—Papá, te tengo dicho que no le des azúcar a la niña. Vas a conseguir que no la traiga más.

—Pues la enteradilla de tu suegra le da chocolate, que me lo ha dicho una vecina.

—Bueno, que me la llevo. Dame un beso, que me tienes contenta.

[...]

—¿Ya se han ido?

—¿No has oído la puerta?

—Que sea la última vez que pasas a tu hija sin darme tiempo para esconder los caramelos.

—Lo mejor es que se mosquee y no la traiga tanto, que nosotros ya hemos criado. Ya iremos nosotros a su casa cuando queramos verla.

—Ay, que dolor de riñones se me está encajando. Tráeme el linimento, por favor.

—Qué altura de hombre. Mira que te avisé. ¿Dónde te duele? ¿Aquí?

—Ay, ay, sí, sí, por ahí. Coño, ¡qué frío está esto!

—El cielo ganado.

[...]

—Está la casa muy tranquila.

—Sí, ¿verdad? ¡Qué gozada!

—¿Y tu hija no ha dicho nada de cuándo se va a pasar por aquí?

—Pero si estuvo ayer y nos dijo que está muy liada con el proyecto que le han encargado en la oficina, y no tiene tiempo de nada.

—Pues que deje aquí a la chica y así está más libre.

—Pero si sabes que tiene a Carmen ayudándole con la niña.

—Esa es otra. A mí no me acaba de dar buena espina la tal señora.

—¿Cómo que no? Si lleva en su casa desde que se casó.

—Pero tiene algo raro. Es demasiado cariñosa.

—¡Por eso la chica la quiere tanto!

—Pues eso es lo que no me gusta. A ver si la va a querer más que a nosotros.

—Anda, anda. No digas tonterías.

—Yo voy a ir a su casa por sorpresa a ver qué se cuece por allí.

[...]

—¿Qué haces aquí con la nieta?

—Que me la he traído porque Carmen la tenía en el parque y a mí no me deja tu hija que la lleve.

—¡Pero tú estás loco! Verás cómo se va a poner cuando se entere de que le has quitado la niña a Carmen.

—Pues que se ponga como quiera. O la llevamos todos al parque o no la lleva nadie.

—La voy a llamar por teléfono antes de que Carmen se lo diga, porque en el genio te ha salido a ti.

—Sí, sí. Los dos somos geniales. Eso es verdad.

—Tú sigue haciendo bromas. Verás lo que nos va a caer.

[Suena un teléfono]

—Tu hija. Ya se va a liar.

—No le digas que estoy aquí.

—Dime, cariño.

—Oye, mamá.

—Ha sido tu padre motu proprio. Yo me acabo de enterar ahora mismo.

—No pasa nada, mamá. Ya me lo ha contado Carmen. Oye, mamá, para ver si os podéis quedar con la niña el fin de semana, que queremos irnos con unos amigos a la playa.

—No te lo puedo asegurar ahora mismo, porque tu padre no ha llegado todavía con la niña.

—Dile que sí, dile que sí.

—Pero ya te digo yo que casi seguro que sí.

—Gracias, mami. Ahora paso a recoger a la niña. Dale un beso a papá.